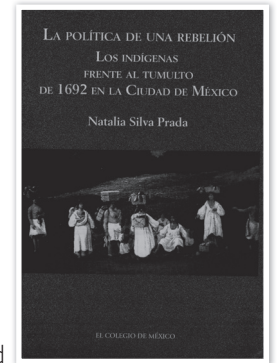


La política de una rebelión Los indígenas frente al tumulto de 1692 en la Ciudad de México

Natalia Silva Prada
Ed. El Colegio de México
Enero de 2007, 645pp.

El 8 de junio de 1692 en Ciudad de México entre las 4 y las 11 p.m. ocurrió un **motín de pan**.¹ La ciudad se encontraba celebrando la tradicional fiesta del Corpus Christi al mismo tiempo que experimentaba una tensión colectiva por la escasez de alimentos básicos como el maíz y el trigo; había inconformidad en la ciudad porque las autoridades encargadas del abasto estaban especulando con la reserva de granos almacenada en el pósito y en la alhóndiga. La vida se había vuelto difícil para los indígenas, mestizos, mulatos y españoles pobres. El año anterior se habían malogrado las cosechas del maíz y el trigo debido a inundaciones. Ese día un grupo bastante crecido de indígenas, se dice que cerca de diez mil,² se rebeló contra las autoridades urbanas, hecho al que se sumaron algunos mestizos, mulatos y españoles pobres. La multitud destruyó una parte de las edificaciones gubernamentales, quemó archivos administrativos e incendió los cajones de los mercaderes ubicados en la plaza principal. Este es el acontecimiento que Natalia Silva Prada analiza en su libro *La Política de una rebelión. Los indígenas frente al tumulto de 1692 en la Ciudad de México*, editado por El Colegio de México en enero del 2007.

Mientras algunos historiadores consideran este levantamiento indígena como un hecho aislado, producto de una crisis del abastecimiento de alimentos, Natalia Silva, a través de un estudio minucioso, conduce al lector a reflexionar acerca de cómo un acontecimiento como éste puede proporcionar pistas sobre la vida cultural y política de los indígenas mexicanos de finales del siglo XVII, pero también permitir una nueva perspectiva de la dinámica de la vida social y política de Ciudad de México. Para esta historiadora, en el levantamiento indígena de 1692 hubo planeación y organización, y no fue sólo el estallido de un sentimiento de inconformidad popular. Desde su punto de vista, los hechos ocurridos en esa fiesta de Corpus, además de ser una protesta frente a una situación concreta, son expresión de que los indígenas mexicanos participaban activamente en la vida política y social, contribuyendo de este modo, al lado de los demás sectores sociales, a generar una dinámica especial en la vida política de Ciudad de México. Es importante señalar que en el campo de los estudios de la historia social y política, o como diría la historiadora, de la historia cultural de la política, son pocos los estudios encaminados a examinar la participación de los sectores populares en los procesos políticos y sociales.



¹ Se llamaba *motín de pan* a aquellos levantamientos populares ocasionados por la escasez de alimentos en la época colonial. Por lo general, el pueblo protestaba no sólo por la falta de los alimentos y productos de consumo básico sino también por el acaparamiento y la especulación que surgían en épocas de necesidad.

² Según dato de la autora, la población indígena de Ciudad de México a finales del siglo XVII estaba compuesta por 23000 personas, aproximadamente.

De una manera exhaustiva, la profesora Silva reconstruye los diversos escenarios y perspectivas desde los cuales fue vivido y presenciado el levantamiento del 8 de junio. Se vale para ello del material que el Virrey Conde de Galve compiló y envió al Consejo de Indias en agosto de 1692 para informar sobre lo acontecido; tales documentos reposan hoy en el Fondo Patronato del Archivo General de Indias en Sevilla, España. La investigadora analiza en detalle las declaraciones dadas por las partes y testigos comprometidos en los hechos, lo que le permite poner en juego diferentes perspectivas de lo ocurrido, mostrando así la complejidad que encierra un hecho como el mencionado, dada la variedad de intereses que se encuentran en juego al mismo tiempo. El tejido de relatos y de testimonios que va desenvolviéndose a medida que avanza la exposición va llevando al lector a sumergirse en la complejidad de la situación a la vez que le permite entender cómo para lograr una comprensión adecuada de lo acontecido es imposible quedarse con una sola perspectiva. En este trabajo la profesora Silva demuestra maestría para tejer la filigrana de los acontecimientos al construir un escenario complejo, abigarrado de situaciones, de personajes y de testimonios.

En el minucioso trabajo de reconstrucción del contexto, la profesora Silva recurre al estudio de un padrón indígena realizado en el año de 1691, pero también explora los archivos parroquiales de los lugares en los cuales se concentró la población indígena en Ciudad de México. A partir de los datos obtenidos en actas de nacimiento, partidas de matrimonio y actas de defunción, en el periodo comprendido entre 1688 y 1692, localiza a la población indígena, identifica los grupos familiares y tiene oportunidad de acercarse a las particularidades de la vida familiar y comunitaria de la población indígena de Ciudad de México. Este cuidadoso estudio sociodemográfico de la población indígena residente en Ciudad de México a finales del siglo XVII, además de brindar una información valiosa sobre las características de este grupo social, señala caminos a los historiadores interesados en el estudio de las ciudades, de sus dinámicas sociales y de la participación de los diversos grupos en la producción de la vida urbana. Uno de los logros de la investigación, tal vez el más importante, es haber demostrado con un trabajo inteligente y cuidadoso que para hacer historia social y cultural no basta con hacer mención frecuente de los grupos sociales. La profesora Silva demuestra con su trabajo que el historiador tiene el compromiso de encontrar los caminos que le permitan abordar a los grupos sociales de la manera más profunda posible; en otras palabras, llegar a saber quiénes son, cómo viven, cómo sienten, cómo piensan, cuántos son, con quién interactúan, etc.

El ángulo desde el cual es analizado el motín del 8 de junio de 1692 por la profesora Silva, coloca en primer plano la necesidad de una nueva reflexión sobre las concepciones del tiempo histórico y la manera como los historiadores abordan el problema del tiempo en el planteamiento de sus problemas de investigación. Los resultados de este trabajo ponen en cuestión la subvaloración que se ha hecho del estudio del acontecimiento, tal vez, porque durante mucho tiempo predominó una concepción fragmentada del tiempo histórico, en la que se veía la historia como una suma de acontecimientos y no era posible asumir seriamente la investigación de largos periodos de tiempo. Se consideraba que la historia que hacía énfasis en el acontecimiento era una historia heroica que menospreciaba la participación de los grupos sociales, pues se veía el acontecimiento

como un producto de la audacia de un puñado de individuos que actuaban movidos por su genialidad. Con el paso del tiempo y de las investigaciones, y a medida que se reflexionaba sobre el trabajo de los historiadores y sobre la disciplina, se empezó a hacer énfasis en la necesidad de escribir una historia que diera cuenta de las estructuras sociales y económicas, de los grupos sociales y de los procesos históricos, y en el terreno del tiempo se consideró que una historia del acontecimiento no permitía dar cuenta de las estructuras ni de los procesos. Como consecuencia de lo anterior el estudio del acontecimiento cayó en desgracia. Pero un trabajo como el del motín del 8 de junio de 1692 en Ciudad de México, coloca nuevamente los reflectores sobre las amplias e interesantes posibilidades que para el campo de la investigación histórica permite el estudio de un acontecimiento, es decir de un hecho histórico de corta duración. Muestra cómo un suceso histórico de breve duración puede ser el detonante de tensiones sociales y políticas largamente acumuladas en una sociedad, a través del cual se logren experiencias importantes de organización y expresión social, política y cultural. Con el estudio de Natalia Silva se comprende, por ejemplo, que después de ese motín del 8 de junio de 1692 los indígenas de Ciudad de México ya no volvieron a ser los mismos de antes; la participación en ese movimiento los hizo crecer un poco como actores políticos y sociales, los hizo ganar conciencia como grupo en el escenario urbano y frente a otros grupos sociales.

La preocupación por examinar si a través del comportamiento de los indígenas en el motín es posible reconocer un proceso de búsqueda de identidad del grupo indígena de Ciudad de México, constituye una de las preguntas centrales del trabajo de la profesora Silva. ¿Actuaron los indígenas como un colectivo en ese acontecimiento? ¿Se aprecian opiniones homogéneas de los indígenas con respecto a la manera como veían a las autoridades, sobre su propio comportamiento en el hecho, sobre la participación de otros grupos de la ciudad o acerca de las causas de la protesta? La investigadora tiene claro que el indígena habitante de Ciudad de México, ha pasado por procesos de mestizaje y de aprendizaje de unos códigos y formas de vida en el intento por ser aceptado y por conquistar un lugar en el seno de la ciudad. De ahí que se pregunte si ese grupo de indígenas que ha aprendido a convivir con otros grupos sociales, continúa también defendiendo algunos elementos de identidad frente a los demás individuos y grupos.

Estudiar las expresiones de protesta popular constituye una buena forma de acercarse a aquellos grupos sociales que no tuvieron un papel protagónico en los organismos de poder político y administrativo en la época colonial, y que, por tanto, no dejaron testimonios escritos de su actuación. Este fue uno de los supuestos que animó a la profesora Silva a emprender la investigación sobre un levantamiento indígena en Ciudad de México, comprobando y demostrando la riqueza documental y de posibilidades de análisis que encontró en los documentos existentes sobre el motín: informes de las autoridades, testimonios de algunos de los participantes y de algunos testigos, interrogatorios, declaraciones, etc. Sin embargo, advierte la investigadora, no se debe ver en los motines más de lo que realmente es posible encontrar en ellos. Por ejemplo, no está de acuerdo con que se los considere como mecanismos de quiebre de las estructuras coloniales, cuando en realidad los motines son valiosos porque dejan ver las fisuras existentes en la sociedad colonial.

Finalmente, es importante destacar que la investigación de Natalia Silva sobre el motín indígena del 8 de junio de 1692, además de tener un fuerte sustento historiográfico, deja ver también una auténtica preocupación por la conceptualización, por el planteamiento de problemas y por el desarrollo de la teoría histórica; preocupación que se demuestra hasta la saciedad a lo largo del trabajo a través del minucioso análisis al que somete cada una de las fuentes documentales, y a las continuas alusiones que hace de trabajos tanto teóricos como históricos que le fueron vitales para ubicarse en una perspectiva adecuada al tema, a la época y a los propósitos de su investigación.

Ana Luz Rodríguez González

G